CIDE HAMETE BENENGELI = LOPE DE VEGA

El arabista Conde fue el primero que trató de dar una explicación de este nombre, que Pellicer puso después en sus notas al Quijote, y corrió como válida por muchos años. *Cide,* «Señor», —de ahí el Cid, o mío Cid, nombre dado por los moros a Rodrigo Díaz de Vivar—; *Hamete,* nombre común entre los árabes; *Benengeli,* «el hijo del ciervo o Cervantes». Clemencín resume la nota de Pellicer, diciendo: «*Cide,* es tratamiento de honor, como si dijéramos *señor; Hamete* es nombre común entre los moros; *Benengeli,* según la explicación del sabio orientalista don José Antonio Conde, quiere decir *hijo del ciervo, Cerval* o *Cervateño,* y con él se designó a sí mismo Cervantes, que habiendo residido en Argel cinco años, no pudo menos de alcanzar algún conocimiento del idioma común del país». Esta explicación fue la aceptada por varias generaciones, hasta que D. Fermín Caballero [1] sostuvo que el seudónimo «era un verdadero anagrama de Miguel de Cervantes, sin más alteraciones que las precisas para arabizar las palabras». Y añade: «Puede atribuirse a casualidad que de las 19 letras del seudónimo, las 14 digan *Migel de Cebante,* faltando aquí 3 solas, en vez de las 5 que allí sobran, para la ortografía y construcción imitando al arábigo?» [2]

(1) *Pericia geográfica de M. de Cervantes,* pág. 44, nota.

(2) El ejemplo dado por don Fermín fue imitado por otros varios, y las conjeturas anagramáticas se convirtieron en verdaderos logogrifos. Ricardo M. Unciti publicó un folleto sobre el Benengeli, y después de muchas combinaciones y permutaciones, de ponderar el conocimiento de idiomas que tenía Cervantes —hasta del caló o chipicallí— y del manejo del *Calepino* en once lenguas, nos viene a decir que Benengeli es Bengerinel (hijo de-Miguel). Esas 10 letras de Ben-Gerinel debidamente permutadas dan *Berengenil,* "equivalentes por la *Anagramatopeya*", y que ambas formas "perdieron la r de origen". Las ecuaciones le han proporcionado 43 letras "que lo dicen todo". *Lo de Benengeli,* Madrid, 1918.

José de Benito también cree que Cide Hamete Benengeli es anagrama de Mi-

Don Leopoldo Eguílaz [3] demostró que la etimología de Conde era disparatada, y que *Benengeli* equivale a *benencheli*, «aberenjenado», y así se explica que en el capítulo segundo de la segunda parte diga Sancho que el autor de la historia «se llama Cide Hamete Berenjena».

Vamos a ver que con este nombre, más o menos arabizado, Cervantes, «segundo autor de la historia», como se llama muchas veces en la obra, quiso aludir a Lope de Vega, «autor primero» o principal de la historia que va a escribir. Cervantes, «segundo autor», no hizo más que remedar a Lope en sus romances y comedias, e ironizar sobre la vida y escritos del Fénix, al que supone «primer autor». Sobre la trama que le proporciona Lope, sobre el cañamazo de las obras de su rival, va tejiendo Cervantes la maravillosa historia de don Quijote. Toda la novela está llena de sátiras e ironías contra Lope de Vega y su amante Camila Lucinda («Dulcinea»), la musa inspiradora del poeta en aquellos días en que se escribió el Quijote.

Stagg cree que Cervantes se pudo inspirar para el nombre en Pérez de Hita o en Haedo, en cuya obra sobre Argel aparece (1579) un morabito, «el tan celebrado Cid Amete Aludebi» [4].

1).—*Cide*, «señor don» tratamiento propio de los nobles o caballeros. Cervantes le dió ese título al historiador arábigo para burlarse de

---

guel de Cervantes. Después de muchas permutaciones, con falta y sobra de letras, resulta Miguel de Cervantes, y sólo faltaba resolver "el problema de la falta de la r". Hace nuevas combinaciones con las letras de "historiador arábigo", completa el nombre de Cervantes y le sobran letras, con las que forma *G. Histrión* (gran histrión "el que representa disfrazado en la comedia griega"). No le satisfizo el resultado y acudió a su "casi olvidado por nunca bien aprendido latín", y el G. Histrión lo transforma en *horto signio*, "el que anhela la gloria". Todo esto es *aegri somnia*, y el latín del soñador resulta un galimatías. Estoy seguro de que Cicerón se admiraría de ese nuevo giro latino; y nada digamos de la traducción clásica que nos da; menos mal que el autor confiesa su ignorancia en la lengua del Lacio. Cf. *Indice*, n.º 116 (1958).

(3) *Notas etimológicas* en *Homenaje a M. Pelayo*, II, 21. Cejador en su *Dicc. del Quijote*, 1905, lo deriva de Ben-Andjeli, "el hijo del ángel".

(4) *An. Cerv.* VI. p. 374. Añade que Cervantes pudo pasar de "Aludebi a Berenjena" por el camino *Alubia*. Lo de *Cide Amet* bien puede ser una reminiscencia de Cervantes en sus andanzas por Argel, donde pudo conocer al morabito, pero el nombre arabizado está aplicado con toda idea a Lope de Vega, por lo que luego diremos.

las manías de grandeza de Lope de Vega y de sus pretensiones de descender del fabuloso Carpio, cuyas armas estampó en más de una de sus obras. En la *Arcadia* (1599) puso el escudo de los Carpios,19 torres, con la leyenda siguiente: *De Bernardo es el blasón: las desdichas mías son.* En *La Hermosura de Angélica*, Madrid, 1602, aparece el retrato de Lope de Vega que lleva al pie el escudo con las 19 torres (9 en el campo y 10 en la orla) y coronado con un cráneo laureado, con esta inscripción latina: *hic tuti* (calavera) *or fama* (la fama segura y verdadera se consigue después de la muerte).

En su Epístola a Gaspar de Barrionuevo en *Rimas Humanas* le dice:

Pero vereisme entre diversas gentes
ya por archipoeta coronado
con hojas de laurel resplandecientes,
ya de otro con espinos laureado.
Pobre nací; bien hayan mis mayores;
diecinueve castillos me han honrado.

En 1622, en su Epístola a Amarilis, publicada en *La Filomena*, está un poco desengañado de su grandeza, y no menciona ya las torres del escudo.

Tiene su silla en la bordada alfombra
de Castilla el valor de la Montaña,
que el valle de Carriedo España nombra.
Allí otro tiempo se cifraba España;
allí tuve principio; mas ¿qué importa
nacer laurel y ser humilde caña?

Contra esta manía de grandeza de Lope dirige su dardo Cervantes en los versos preliminares del Quijote.:

No indiscretos hierogli—
estampes en el escu—;
que cuando es todo figu—
con ruines puntos se envi—[da]

Y conocido es de todos el acerado soneto que Góngora dirigió a Lope, poco después de la publicación de las obras citadas poco ha, y

adornadas con el escudo de los Carpios, que no le correspondía. La ironía resalta más si se tiene presente que Lope estaba casado con doña Juana Guardo, hija del carnicero de la Corte que tenía a su cargo «el obligado de la carne», o abastecimiento de varias carnicerías de la villa.

Por tu vida, Lopillo, que me borres
las diez y nueve torres de tu escudo;
pues aunque tienes mucho viento, dudo
que tengas viento para tantas torres

Juega después con el nombre de Micol (las coles) y Nabar (los nabos) para terminar así:

No fabrique más torres sobre arena,
si no es que ya, segunda vez casado,
nos quiere hacer torres los torreznos.

De buena gana habría dado Lope un ojo de la cara o hubiese vendido la mitad de la inmensa fama de que gozaba por haber podido estampar al frente de sus obras: Don Lope de Vega Carpio, como hicieron D. Luis de Góngora o don Juan de Arguijo; ese *don* de que tanto se abusaba ya en tiempos de Cervantes y que era privativo de la nobleza, hubiese satisfecho por completo la vanagloria del pobre hidalgo de la Montaña.

2.—*Hamete*. Lope de Vega tiene verdadera predilección por este nombre, abreviatura de Mahomet o Mahamet o Mojamet. Es tan típico este nombre en la obra de Lope de Vega que Menéndez Pelayo, por el solo hecho de aparecer Hamete en una loa, se inclina a atribuírsela al Fénix. Dice al hablar del auto *Los acreedores del hombre:* «La loa en morisco pudiera bien ser de Lope, si atendemos a que el morisco recitante se llamaba (H)*amete;* y *Hametillo* se llamaba un esclavo del contador Barrionuevo que en Sevilla en 1603, llevaba a la tienda, por *chochos y avellanas,* a las hijas de Lope y de Lucinda» [5]

Américo Castro también relaciona a Hamete con Lope de Vega, pues aunque en *El Cordobés, Pedro el Carbonero* (1603) no hay refe-

(5) *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega,* ed. C. S. I. C. I, pág. 74.

rencia a Micaela Luján —ordinariamente alude a ella en esa época de sus comedias—, añade en una nota: «Advertiré, sin embargo, la presencia de un cierto moro *Hamete* (llamado otras veces Hametillo), el cual no puede menos de recordarnos el Hametillo esclavo del contador Barrionuevo, citado por Lope en la conocida epístola a este amigo» 6.

Citaremos unos cuantos ejemplos del Hamete lopesco, en varias de sus obras, tanto comedias como romances.

a).—*Arm.* Anda, perro, o matarete,
Elv.—Venganza de mujer toma;
mátame ya. Arm.—Matarete.
Confiésate.—*Elv.*—No a Mahoma,
sino a Dios.—*Arm.*—Camina, Amete.
(La campana de Aragón, acto segundo) 7.

b).—Vete, traidor; Judas, vete.
—*Tanc.* Pequé. *Dor.* Cierra, Isabel mía.
Isab.—¿Tú cristiano? Perro *Hamete...*
(La pobreza estimada, Rivd. 52, 158, b.) 8.

c).—Hamete, lililí-lí!
Cristianellos, morir todos...
—Formemos un escuadrón;
vaya Hamete en la derecha,
y Muza Hernández delante.

d).—Pondreme la toca azul—que me dió para ponerme
Adalifa la de Baza, —hija de Celín Hamete.
(Romanc. Gen. número 3, ed. González Palencia).

e).—Draguta recién casada —con un deudo de *Hamete,*
aquel secretario real —y alcaide de los donceles.
(Id, n.º 25 que empieza: *En el espejo los ojos)* 9.

f).—En el *Romancero* hay otros muchos casos donde figura Hamete, como indico en la nota, pero no quiero dejar de citar dos ejemplos que aparecen en los romances agrupados por Durán entre los de Zaida

(6) *R. F. E.* 5, 271 (1918).

(7) Aparece en la Parte XVIII (1623) de las comedias de Lope, pero figura ya en la primera lista del *Peregrino* (1604).

(8) *Ac. N.* 10, p. 525 y 526.

(9) Este último romance y el anterior han sido identificados como de Lope. El primero de los romances citados es el que comienza "Ensíllame el potro rucio". También figura en los romances n.º 56, 121, 136, 233, 324 y 326, y por el solo hecho de aparecer Hamete en ellos, se pueden atribuir a Lope, como se consideran auténticos casi todos en que figura Filis.

y Zaide, admitidos generalmente por los críticos como de Lope. Aparecen en los n.º 324 y 480 de la edic. de G. Palencia.

En un potro remendado—viene el valeroso Amete,
el más gallardo Galván—que en Granada hallarse puede...
El vulgo todo le sigue,—dando voces: ¡Viva Amete!
y agradeciendo el favor,—dice, en la mano el bonete:
Tente, fortuna, tente,
No gustes de que muera estando ausente.
Y que su Zaida no ignora—cómo es hijo de Hamete,
alcaide de los castillos—que hacen a Granada fuerte.

g).—En *El Grao de Valencia,* comedia que figura ya en la primera lista del Peregrino (1604), también aparece Hamete con el infaltable Zulema.

Rey.—Alza del suelo.—Denle cuatro vasos
de fina algalia y de ámbar otros cuatro...
Y tú, Zulema, llévala en tu guarda.
y quedaráse Hamete por rehenes
de las galeras pues que ya son mías.
(*Ac. N.* 1, p. 539, b.)

h).—En la comedia *La devoción del rosario* figura Aja, mora, y Archima Amet.

A. Amet.—Pasad a las galeotas,
Cautivos, que a Túnez vais,
Camo.—¡Qué diferentes derrotas!
(*Ac. N.* 2, 102).

j)—*Soliman.*—Sólo pido la prenda que más quieres
en quien tus ojos de continuo has puesto,
y cuyo padre, gran señor, tú eres.
Turco.—Ya te entiendo, basta lo expuesto.
(*Ameto* llama a Fátima).—Has pedido (Vase *Hameto).*
lo que he querido darte antes de aquesto.
(Ib. 2, 548.—) 10.

j).—En la primera escena de *El amante agradecido* aparece un chiste para explicar el origen del nombre de Zaragoza:

(10) La comedia *El rey por trueque* no aparece en ninguna lista del *Peregrino.* En la lista de personas que hablan figura Ameji, "turco gracioso, criado del rey", pero en las escenas se le llama Ameto.

El dijo: Yo lo apostara;
pero Amete, ¿de quién goza?
El respondió: A Zara goza,
que ella se llamaba Zara.
(Ib. 3, 100, b).

k).—También figura un *Mahamet,* turco, en *El esclavo de Venecia,* (abrev. Hamet).

Dentro.—Famagosta por Selín.
¡Victoria, turcos, victoria!
Maham.—Rinde la espada o la vida.
Astor.—La vida será más honra,
porque sin honra la vida
es muerte, y muerte afrentosa.
(Ac. N. 5, p. 325.—) 11.

l).—En el principio de la jornada segunda de *La Orden de Redención* aparecen los moros Zaide y Hamete, con unos esclavos cristianos que van a buscar agua.

Ham.—Ea, canalla, apriesa! *Franc.*—Siempre gustas
el tratarnos con ásperas palabras.
(Ib. 8, p. 687 y ss).
m). Quién
te cautivó?—*Luc.*—*Amete Haro.*
Ant.—Tienes marido?—*Luc.*—Y tan caro
que él sólo es mi bien. 12

n).—Muchas son ya las citas, pero no puedo dejar de hablar de la comedia de Lope titulada *El Hamete de Toledo,* que no figura en las listas del Peregrino y que fue impresa en la Parte IX (1617), la primera que imprimió Lope «por sus originales». Los dos primeros actos son hermosos y llenos de colorido, pero el tercero está lleno «de atrocidades sin poesía ninguna, ni otro fin que ensalzar el sacramento del Bau-

(11) Es comedia inédita, y Cotarelo la publicó según el texto encontrado por Restori en la Biblioteca de Parma.

(12) *El negro del mejor Amo.* Ac. N. 11, 79. Publicada conforme a dos mss. de Parma, y no figura en las lisas del *Peregrino.* Pero aparece Lucinda en la escena, luego la comedia es de 1600-1604 c.

tismo, que borra y limpia todos los pecados, aun los horrendos crímenes del esclavo Hamete», como dice Cotarelo. Por el tema desordenado y truculento, por algunos caracteres internos, por la escasez de las palabras «discreto» y «necio» y por la fecha que pone a la carta de don Gaspar Suárez, «de Toledo y junio», que parece indicar que Lope la escribió en la ciudad del Tajo, y cuando residió allí, a primeros del siglo XVII, se puede conjeturar que la comedia es muy anterior a su impresión, y de principios de este siglo, o sea, anterior al Quijote. La comedia fracasó seguramente —no se imprimió más fuera de otra edición de 1618— ni se menciona en ninguna parte, y Lope la imprimiría después de la muerte de Cervantes, que le había bautizado con el nombre de Cide Hamete Benengeli. Pues Cervantes llamó así al «historiador arábigo», bien por la manía que tenía Lope por el nombre de Hamete, como se ha visto, bien porque los corrillos literarios empezaran a llamar así a Lope, por lo disparatado del tema de la comedia y tras el fracaso ruidoso de la misma. El seudónimo nació del título de la comedia: *El Hamete Toledano.*

Cide—Hamete—Benengeli (Berenjena o toledano). 13.

Lope hace a Hamete de Meliona, valle entre Orán y Tremecén, donde se habían establecido los árabes expulsados de España y cuyos descendientes eran considerados como nobles entre los moros, y en las obras de Góngora me parece percibir un eco zumbón y remedo satírico de esa particularidad del Fénix. De todos es sabido que Lope y Quevedo satirizaron con frecuencia al creador del culteranismo, pero Góngora no se mordió la lengua.

En las costas de Argel le dice Zaide a Hamete que arme sus galeotas y salga a atacar a una nave que pasaba junto a Argel.

---

(13) Cotarelo dice que está citada en la segunda edición del *Peregrino* (1618), pero en la lista de La Barrera no aparece ninguna de las dos. El seudónimo del historiador arábigo se lo pudo sugerir a Cervantes, bien el título de la comedia de Lope o bien el recuerdo del morabito de Argel, como opina Stagg, o ya la manía de Lope por el nombre de Hamete, que tanto emplea en sus comedias, pero no cabe duda que fue un "alias" intencionado, uno de los "sinónimos voluntarios" usados por Cervantes en su Quijote.

Elnombre de Amete o Hamete también aparece en la edición de las comedias de Lope, dirigida por M. Pelayo, pero he citado los casos que aparecen en la edición dirigida por Cotarelo *(Ac. N.)* y en la Hartzenbusch.

Si alguna vez, Hamete generoso,
deseoso de gloria te ha tenido
el fuerte corazón, la noble sangre
y el nombre de *galán de Meliona,*
tan temido en España y en Italia,
deja las fiestas desta alegra noche,
tus galeotas prósperas desata.

En Valencia, a donde lo habían llevado como esclavo, le preguntan los compradores cómo se llama.

Amete soy.— ¿De qué parte?
—*Galán soy de Meliona*
de los moros Benarajes
que de España procedieron.

Ya en el segundo acto le dice don Martín:

Estoy cierto que serás
noble, y vese en tu persona.
Am.—*Galán soy de Meliona*
no puedo decirte más.

Al llegar a Toledo le pregunta D. Gaspar que le había mandado comprar en Málaga.

—¿Cómo te llamas?—Amete.
—¿que nación; que tu persona
buen servicio me promete?
—*Galán soy de Meliona.*—

Veamos ahora el eco y remedo burlesco de Góngora, señal de que la comedia fue un fracaso y de ingrato recuerdo para Lope, y anterior a las poesías de Góngora.

Junto a mi casa vivía,
porque más cerca muriese,
una dama de linaje
de los nobles melioneses.
—*¿Galán?*—De tan gallarda persona
cual no le vio *Meliona*
blandir lanza contra Orán 14.

(14) *Obras completas de Góngora,* ed. Millé y Giménez, p. 38 y 817. La nueva edición de Aguilar (1956) ha cambiado la paginación, y es un trastorno. Debía haberse conservado la misma, con paginación distinta en los prelimina-

3).—*Benengeli* «berenjena o berenjenero». A los toledanos les llamaban *berenjeneros,* como nos dice el toledano Covarrubias en su *Tesoro:* «Berenjena» es un fruto de cierta mata que algunos quieren sea especie de mandrágora; en Castilla hay copia dellas y particularmente *en Toledo,* que por usar su pasto en diferentes guisados, los llaman *berenjeneros;* y un proverbio dice: Toledano, ajo berenjena».

En Madrid se vendían mucho, como nos lo indica Lope:

No sé qué habemos de hacer.
—Volver a Madrid mañana.
donde hay huertas sin peligro,
y entre melones y habas
se venden nabos gallegos
y *berenjenas* zocatas
(Rivad. 24, 309, a).

Pero oigamos a Góngora:

Regalar quiere a su yerno,
y será *a lo toledano,*
con berenjena en verano
y con membrillo en invierno.
Y más a quien le dio Dios
media ribera del Tajo,
que con el poco trabajo
de una azudilla o de dos
cada año le hacen de escudos

res, que están corregidos y aumentados. Millé menciona muchas alusiones gongorinas contra Lope, pero no cita ésta de Meliona. En el romance de Góngora (1585) "Entre los sueltos cabellos", aparece por primera vez ese nombre.

Lope le debió remedar en la comedia, y Góngora le contesta en su comedia *Las firmezas de Isabela* (1610), con el texto citado, muy intencionado al recalcar la palabra *galán.* En la *Soledad segunda* (1614) también nos habla de

el borní, cuya ala,
en campos tal vez de Meliona
o. c. p. 719 (685 de la moderna).

una bolsa, que él bien ata,
la *berenjena zocata*
y los membrillos con nudos 15.

Ahora comprendemos bien lo que nos dice Sancho —según le había dicho el bachiller Sansón Carrasco— «que el autor de la historia se llama Cide Hamete *Berenjena*» («el toledano»). *Quij*, 2, 2, 18.

Llama a Lope «berenjena», aunque no era toledano, pero había vivido muchos años en Toledo al principio del siglo XVII. De 1600 a 1606, se puede decir que vivió en la ciudad del Tajo, en los años precisamente que se escribió el Quijote. Hasta 1604 hizo muchos viajes a Sevilla, donde vivía Camila Lucinda (Micaela Luján) y en 15 de julio de este año alquiló en el callejón de S. Justo de Toledo una casa para vivir con su mujer, Doña Juana de Guardo, y su familia; allí se había trasladado Lucinda, y le había alquilado otra casa Lope, en la parroquia de S. Lorenzo, con fianza de A. Castellanos, el famoso «poeta sastre», que no sabía ni leer y cuyas comedias corregía y arreglaba Lope de Vega. No queda, pues, duda tras lo que llevamos dicho de que *Cide Hamete Benengeli* es el seudónimo con que Cervantes bautizó a Lope, uno de los «sinónimos voluntarios» que tanto molestaban al autor del falso Quijote. Cervantes se sirve de los datos proporcionados por Cide Hamete Benengeli (Lope) en sus romances y comedias y con ellos va tejiendo la filigrana incomparable de la novela de don Quijote, alias o «sinónimo voluntario» de Lope de Vega.

Conviene recordar que Lope de Vega, uno de los mayores poetas líricos de todos los tiempos, es muy rico en datos autobiográficos, y Cervantes valiéndose de ellos y de la vida y aventuras del poeta, que conocía muy bien, se puso a escribir su historia, la historia de aquel caballero loco en realidad, o loco, «enamorado perdido» de los libros de caballerías que trató de resucitar en el teatro. El primero que echó

(15) *Ib.* p. 832. Creo que Cervantes puso también su *mica salis* en el nombre de *Cide Hamete*, por lo que dice Correas en su *Vocabulario*:

"Más vale ser horro de Hamete, que cautivo, fi de Alí (por "hijo de Alí", nombre de honrados moros; Hamete, de vulgares), 303, a." No podía ignorar Cervantes este detalle, y al llamar así al arábigo historiador, nos quiso indicar que el alias de Cide Hamete, Lope de Vega, era un caballero chanflón, un hidalgo de pega. Que Lope no era hidalgo, sino "vulgar", o plebeyo, por más que blasonase de los Carpios.

de ver los muchos datos autobiográficos que existen en *La Dorotea* fue el francés Fauriel, logrando identificar a varios personajes de la obra. Tras él varios lopistas completaron su labor y nos pudieron dar una biografía del genial poeta, desfigurada de intento por Montalbán en su *Fama Póstuma.*

También llama Cervantes a Cide Hamete «historiador arábigo», como parece indicarlo el nombre, pero era tan arábigo como yo chino. El ilustre manco le llamó así para despistar —¡y cómo lo ha conseguido!— siguiendo el ejemplo de otros muchos autores de libros de caballerías, que atribuían sus libros a autores fantásticos y de países exóticos. Ginés Pérez de Hita en sus *Guerras civiles de Granada* (1595) dice que su historia está «sacada de un libro arábigo, cuyo autor fue un moro llamado Aben Hamin, natural de Granada»; *Lepomelo* se supone escrito en arábigo; *Las Sergas de Esplandián* se atribuyen a Elisabad y se dice estaban escritas en griego; Luján atribuye *El Caballero de la Cruz* al sabio rey Artidoro, sacado «de un original arábigo»; el sabio Fristón —que figura en el Quijote— había escrito en lengua griega el libro de *Don Belianís de Grecia.* Cervantes siguió la tradición de los autores caballerescos y atribuye su obra a un «historiador arábigo», al que da un nombre arábigo en apariencia, pero que en realidad designa a Lope de Vega, «el berenjenero» —*El Hamete de Toledo.*

Y no fue la fantasía, como en Pirandello, sino la palpable realidad la que puso ante los ojos de Cervantes al loco genial (Lope-Quijote) que iba en busca de su autor (Hamete-Cervantes), y nos lo presenta en el inmenso escenario del mundo para que él mismo nos exponga su idea obsesionante: restablecer en el teatro, la caballería ya muerta en los libros. Al terminar la primera parte de su plan primitivo (cap. 1-8) se topó Cervantes con Sancho, el escudero simple pero socarrón (Tirso de Molina, el defensor del teatro nuevo de Lope, y su lacayo incondicional y discípulo sumiso), y entonces surge el diálogo —finamente irónico y de sátira horaciana, por el fracaso del antiguo teatro aristotélico patrocinado por Cervantes y su escuela— entre esos dos personajes cósmicos en donde se refleja la vida toda de la Humanidad, con sus ambiciones y envidias, sus odios y rencores, sus pasiones e ilusiones frustradas, sus amores y sus sueños, el prosaismo de la vida cotidiana y el ideal que pone una centella de eternidad en el corazón humano.

LOS DOS AUTORES DEL QUIJOTE

Claro está que Cervantes es el único autor del Quijote, y no vamos a ser tan cándidos que admitamos la colaboración de nadie en su inmortal noveal; pero admitida la identificación del «historiador arábigo» de que nos habla Cervantes, con Lope de Vega, tendremos explicados muchos puntos que han dado mucho que cavilar a los comentadores y cervantistas. Recordemos que Cervantes dividió la primera parte de su novela en 4 y que la primera del plan primitivo termina en el capítulo VIII, cuando nos deja pendientes de la batalla del Vizcaíno. En estos primeros capítulos no aparece para nada *Cide Hamete Benengeli;* nos lo presenta Cervantes con ese nombre y en función de historiador, después del encuentro de los cartapacios de la Alcaná de Toledo, a mitad del capítulo IX, empezada ya la segunda parte, que comprende los capítulos 9-14, y y termina con el episodio de la pastora Marcela.

Clemencín, el gran comentador del Quijote y que lo conocía en sus menores detalles, hace con frecuencia reparos al supuesto historiador *arábigo,* que a muchos les han parecido nimios y sin importancia, haciendo resaltar la manera impropia de hablar cuando lo dicho por Cide Hamete va contra las prácticas del Corán o los usos mahometanos. No recordaré más que dos. Cuando don Quijote maldice a Mahoma, advierte: «No es muy propio esta manera de hablar en un historiador arábigo». Al decirnos que en el primer cartapacio de los encontrados en Toledo «estaba pintada muy al natural la batalla de don Quijote con el Vizcaíno, puestos en la mesma postura que la historia cuenta», recuerda que las figuras de hombres y animales «están prohibidas entre los musulmanes». Y a este tenor en otros muchos pasajes. Es evidente que si el autor hubiese sido arábigo, no podía hablar en la forma que lo hace en muchas ocasiones, y la observación de Clemencín estaría muy en su punto. Pero Cervantes, al dar nombre arabizado al fingido historiador, hubo de llamarle «arábigo», pues hubiese sido una paradoja llamarle «griego», como lo hacen con frecuencia los autores de los libros de caballerías. Y no estará de más recordar aquí que Cervantes puso ese aditamento de *historiador arábigo* al fingido «alias» de Lope de Vega, por una razón poderosa. Siguiendo la opinión de los comentadores he indicado que aquí Cervantes se acomodó al uso y

moda de los autores de libros caballerescos, pero admitida la dualidad Cide Hamete-Lope de Vega, creo que el ilustre alcalaíno dio ese título de «arábigo» al fingido historiador *para hacer notar el prurito del Fénix por los temas árabes y moriscos,* tanto en sus romances (Zaida, Zaide, Almoralife, Muza, Hamete, Abenzaide-Aja, Adalifa, Arlaxa, Balaja, Daraja-Gazul, Gomel, Mazas, Redunanes y Sarracines) como en sus comedias, haciendo resaltar también que Cide (señor) no se compagina con el nombre de Hamete, propio de moros plebeyos.

Cervantes originariamente sólo pensó en escribir una novela corta, especie de novela *ejemplar* y que debía terminar con el auto de fe y quema de los libros de don Quijote. Luego retocó el capítulo VII (segunda salida y elección de escudero) y añadió el episodio de los molinos de viento, con la comenzada batalla contra el Vizcaíno. «En su primitiva redacción, el *Don Quijote de la Mancha* debía de tener fin al acabar el capítulo VI. Cervantes hubo de ponerle luego por aditamento el cap. VII y el VIII..., con lo que hubo de terminar el primer bosquejo de *El ingenioso hidalgo*» [1].

«Le lecteur qui pour la première fois aborde le *Quichotte* a la sensation que le plan primitif du roman, tel qu' il était conçu vers 1597, ne comportait guère que la matière d'une courte nouvelle. Peut-être une réponse à quelque Fernando qui aurait trop impertinemment vauté les *Amadis*... Mais cette première série d'histoires est vite épuisée. La folie du héros, tôt définie. Le tout pourrait bien en effet être réglé avec l'autoda fé de la Bibliothéque quand le chevalier se reveille» [2].

Toda esta primera parte está inspirada en el *Entremés de los Romances,* en aquel Bartolo que se cree un héroe del Romancero, sale en busca de conquistas y vuelve aporreado. El primero que llamó la atención sobre este *Entremés* fue don Adolfo de Castro; publicólo en 1874, atribuyéndoselo a Cervantes. Cotarelo y R. Marín creen que el entremés es una imitación de los primeros capítulos del Quijote —«no

(1) Justo García Soriano, *Los dos Quijotes,* Toledo, 1944, p. 24.

(2) J. J. A. Bertrand, *La naissance du chef d'oeuvre, An.* C. VI, p .179, (1957). Este estudio merece ser meditado por todos los cervantistas. No cita en la bibliografía a García Soriano, pero sí sobre este punto a G. Stagg: *La primera salida de don Quijote, Clavileño,* 1953, y *Castro del Río ¿cuna del Quijote?,* ib. 1955 y un artículo de Astrana Marín en abril de 1953: *El Quijote, primitivamente novela corta.*

salió el *Quijote* del *entremés,* sino al contrario»—, pero Millé y Giménez con R. Menéndez Pidal sostienen que Cervantes se inspiró en el famoso entremés para redactar sus primeros episodios del Quijote. «La idea de que el Bartolo del *Entremés* represente a Lope de Vega surge tan espontáneamente de una somera lectura de esta piececita, que nos parece verdaderamente extraño que a nadie se le haya ocurrido hasta ahora. Y mucho más si se considera que existe una comedia de las primeras de Lope, *Belardo furioso,* cuyo argumento presenta cierta concomitancia con el del Entremés» [3]. «El *Entremés,* después de suscitar la concepción de Cervantes, antes que ayudarla vino a servirle de estorbo, pues le obligó a un trabajo de rectificación que nos es dado observar en parte, ya que en parte se llevó a cabo, no en los momentos de gestación, sino en el curso mismo de la ejecución... La especial locura de don Quijote en su primera salida, figurándose una vez ser Valdovinos, creyéndose en seguida Abindarráez prisionero, y siendo después Reinaldos indignado contra don Roldán, era fuertemente perjudicial para la personalidad del ingenioso hidalgo. Cervantes abandonó este camino por completo, en cuanto acabó de agotar su primera fuente de inspiración; en adelante don Quijote será siempre y nada más que don Quijote... Cervantes en cuanto dio fin a la aventura sugerida por el *Entremés de los Romances,* sintió con toda evidencia que esa manera de comicidad... no podía llegar a perfección humorística fundándola en los ideales heroicos y nacionales del Romancero. Cierto que éste y los libros de caballerías son medio hermanos, hijos ambos de la epopeya medieval; pero el Romancero, como hijo legítimo, quedose en su heredad patrimonial del mundo heroico, mientras el bastardo se fue a buscar aventuras y perdió tras ellas el juicio. Cervantes veneraba el mundo épico, y cuando se vió libre de la sugestión del entremés, hizo que la locura de don Quijote se retirase por completo del Romancero y se refugiase, como en su propio alcázar, en las fantásticas caballerías de los libros en prosa» [4].

(3) Millé y Giménez. *Sobre la génesis del Quijote,* Barcelona, 1930, p. 139 Cree que el entremés fue escrito en 1588.

(4) M. Pidal. *Un aspecto en la elaboración del Quijote,* Austral, 120, páginas 27 y 30. Opina que fue escrito hacia 1597. Lope de Vega cita el Romancero en muchas de sus comedias, hasta en la última época, y por eso Cervantes no deja de acudir al mismo —por remedo —en todo el Quijote.

Muy interesantes las ideas del gran maestro sobre la elaboración del Quijote, y volvemos sobre ellas en otra ocasión, pero tengo que disentir un poco de sus opiniones. Cervantes no se burla de los ideales del Romancero, sino de la manía de Lope de Vega, retratado por Cervantes en don Quijote, de citarlo a cada paso y de inspirarse en él en muchas de sus comedias. Es una parodia de las comedias de Lope basadas en el romancero. Don Quijote se cree Valdovinos y Abindarráez —«viendo que no podía menearse acordó de acogerse a su ordinario remedio, que era pensar en algún paso de sus libros, y trújole su locura a su memoria aquel de Valdovinos y del Marqués de Mantua, cuando Carloto le dejó herido»—, todo parodia muy fina de Cervantes contra la comedia de Lope, *El Marqués de Mantua,* escrita en 10 de enero de 1596 [5]. Valdivinos herido a traición por Carloto, manda a su escudero que vaya en busca de un confesor. Mientras tanto se acerca al bosque el Marqués de Mantua, sospechando alguna traición, y oye las quejas del herido, que en la comedia están calcadas casi al pie de la letra en el romancero del Marqués de Mantua, y hábilmente entretejidos los versos con los de Lope, y entre ellos figuran los que dice don Quijote mal ferido:

Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
Cuando fueron nuestras vidas
una sola, y un lugar
el alma pudo ocupar,
de mis pequeñas heridas
gran pasión solías tomar.

Luego el herido caballero se olvida de Valdovinos y se cree el moro Abindarráez, cuando fue capturado por el alcaide de Antequera. Y al preguntarle el labrador cómo estaba, don Quijote «le respondió las mesmas palabras y razones que el cautivo abencerraje respondía a Rodrigo de Narváez, del mesmo modo que le había leído la historia en la *Diana* de Jorge de Montemayor, donde se escribe». Aquí Cervantes sólo esboza la parodia de la comedia de Lope *El remedio en la des-*

(5) La fecha era desconocida, pero la dio a conocer Amezúa en *Una colección de comedias de Lope de Vega,* Madrid. 1945. Los versos están citados por Aguilar, 2, 1481.

dicha, fechada en 16 de octubre de 1596 6. No entra en detalles ni cita versos, pero la ironía no puede ser más fina y certera, con una somera alusión hecha como *per transennam,* La historia no es de Montemayor, sino que está interpolada en las primeras ediciones de la *Diana,* pero antiguamente se creía original del poeta portugués. Lope de Vega declara la fuente de inspiración en la dedicatoria a su hija Marcela. «Escribió la historia de Jarifa y Abindarráez, Montemayor, autor de la *Diana,* aficionado a nuestra lengua con ser tan tierna la suya... de su prosa, tan celebrada entonces, saqué yo esta comedia». En el acto segundo de la comedia, Abindarráez pelea valientemente con los soldados de Narváez, que habían salido en dos grupos, y al oir el ruido de la pelea acude al alcaide, y reclama para sí la gloria de luchar con un moro tan valeroso. Abindarráez queda vencido, y entonces dice las palabras que «tan a propósito» empleó don Quijote para responder al labrador:

Tu esclavo soy, Ay de mi! (Aparte)
Ay de mí; mil veces, ay!
Pues ya para mí no hay
sino llorar que nací.
A tal tiempo, vil fortuna!
Desespero. ¡Por Alá!
matareme.
Rar.— Triste está.
Ab.—(apar) Ya no hay esperanza alguna.
Nar.—¿Hombre de tanto valor
siente tanto el verse preso?
O ¿es las heridas?
Ab.— No es eso.
Nar.—Pues ¿qué?—*Ab.*—Desdicha es mayor.
Nar.—Ataos este lienzo en ellas,
o aguardad y os le pondré.
Ab.—Aquí en el brazo saqué
la que más me duele dellas...
(Aparte).—Ya os perdí, señora mía;
gloria mía, ya os perdí.
Dulce Jarifa, mi bien,
ya os perdí. *Nar.* A mi casa ven;
serás preso y dueño allí.

(6) La fecha era también desconocida. Cf. o. c. p. 55.

Con lo indicado basta, pues habrá que volver sobre el tema en un capítulo especial. Con estos primeros capítulos del Quijote actual, entonces una novela corta al estilo de *Rinconete* o *El Licenciado Vidriera,* con este embrión de su obra llegó Cervantes desde Andalucía a Castilla. Poco se sabe de la vida de Cervantes en esta época de finales de siglo, pero es seguro que estaría en Esquivias con su mujer, y de allí haría viaje a Toledo y Madrid. En Castilla se entera del nuevo rumbo que ha dado Lope a sus comedias —ha dejado los motivos del Romancero y se inspira en los libros de caballerías—, de sus triunfos en el teatro, de su vida íntima, de las alusiones que hace en sus comedias a la musa inspiradora del momento —Camila Lucinda— y se da cuenta del filón enorme que puede explotar y aprovechar para completar la novela que lleva pergeñada. Las comedias de Lope de Vega le proporcionarán tema inagotable para sus aventuras: se ha topado con *Cide Hamete Benengeli,* el «primer autor» del Quijote. En Madrid o en Toledo se entera de los primeros trabajos literarios de Tirso de Molina —Téllez empezó a escribir mucho antes de lo que se cree, y volveré sobre el tema—, 6 bis de su entusiasmo por Lope y por su teatro, del que se hace defensor y admirador; es un mero *escudero* de Lope (alias de D. Quijote); ha encontrado el otro personaje central de su novela: el *escudero Sancho.* En las tertulias literarias o en las nuevas comedias de Lope se entera de las alusiones claras y públicas que hace de sus amores con la cómica Micaela Luján— en las comedias de principios de siglo aparece con frecuencia el nombre de su nueva amante, tanto es así que A. Castro y los lopistas tras él han podido fechar con mucha aproximación muchas de las obras teatrales de Lope. 7 Cervantes ha topado con *Dulcinea* (anagrama de *Lucinda),* el amor y musa inspiradora de Lope de Vega (Don Quijote). Y no se olvide lo que ya se ha indicado antes: el amargor que llevaba Cervantes acumulado por el fracaso de sus comedias, «antes impresas que representadas», por el triunfo avasallador del nuevo teatro, revolucionario y antiaristotélico, cuyo corifeo era Lope. *Hinc irae,* que dice Juvenal; *facit indignatio versum:* el despecho, la indignación, la ira hacen que Cervantes tome su péñola y se decida a escribir una fina sátira contra

(6 bis). Cf. el artículo nuestro publicado en *Estudios,* de los P.P. Mecedarios: *Una comedia de Tirso que no está perdida. Estudios.* (1960), 49, p. 331 — 347.

(7) *R. F. E.,* V, 256-92, 1918.

los libros de caballerías que trataban de renacer en el teatro lopesco— en los libros estaban muertas ya hacía años esas figuras caballerescas, como he indicado ya en otro capítulo. Este punto lo considero capital en la nueva teoría que expongo sobre la génesis del Quijote, y por eso insisto. Cervantes indignado por el triunfo irresistible de la nueva escuela, y de la derrota de la antigua, cuyo campeón se ha constituído— la sátira me es «más odiosa que mis comedias a Cervantes», dirá Lope de Vega en su primera carta conocida—, se decidirá, conforme vaya avanzando la acción de la novela, a lanzar un ataque de conjunto contra «las comedias que ahora se usan» —las de Lope— «ejemplo de necedades e imágenes de lascivia», como dirá Cervantes por boca del cura en los capítulos finales.

Cervantes en Castilla se encontró con *Cide Hamete Benengeli,* con el cronista que le irá proporcionando datos para su obra, con Lope, «el primer autor». «Pero está el daño de todo esto —nos dice Cervantes, cuando todos están pendientes de la batalla del Vizcaíno— en que en este punto y término deja pendiente *el autor desta historia* esta batalla, disculpándose que no halló más escrito destas hazañas de don Quijote de las que deja referidas. Bien es verdad que el *segundo autor* desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen». Y aquí empieza el desconcierto de los comentadores, señalando la pauta, como siempre, Clemencín: «Estas palabras indican que eran *dos los autores* de la historia primitiva de don Quijote: uno que, al llegar a la aventura del Vizcaíno, la dejó a medio contar por falta de materiales, y otro que no quiso creer que no los hubiese, y al cabo los encontró, en la forma que se cuenta en el capítulo siguiente. Pero Cervantes escribía tan sin plan ni preparación, que en el capítulo inmediato dio por supuesto que el *único autor* había sido *Cide Hamete Benengeli,* a quien sigue traduciendo desde el principio de su segunda parte, que contiene la conclusión del suceso del Vizcaíno, sin explicar por dónde había tenido y vuelto al castellano lo precedente».

Rodríguez Marín cree poner una pica en Flandes y rebatir a Clemencín y nos dice: «Atinadamente rectifica a Clemencín el padre Rufo Mendizábal, en estos términos: El autor, es decir, el que escribe la

historia (sea que la componga, o que la traduzca), puede servirse de intérprete para traducir el original o los documentos redactados en lengua extraña. Esto supuesto, el primer autor es Cide Hamete Benengeli; el segundo autor, Cervantes; y ambos tuvieron sus intérpretes». Confieso paladinamente que no veo la rectificación ni se contesta a todas las objeciones del famoso murciano. Llegado aquí Cervantes, modifica, cambia y arregla varios pasajes de lo que tenía escrito en Andalucía para seguir el hilo de la historia, que en su plan primitivo terminaba en el capítulo VII. Supone que el autor ha sido Cide Hamete, aunque no lo nombra antes para nada; y primer autor ha sido hasta ahora Hamete (Lope de Vega), pues en sus romances y en los parodiados por Góngora está basado el *Entremés de los Romances,* fuente de inspiración para los primeros capítulos del Quijote. En la segunda parte (9-14), después de encontrar los cartapacios en la Alcaná de Toledo, nos dice claramente Cervantes que el *primer autor* es Cide Hamete (Lope) —por los datos que le va proporcionando en sus comedias—, y él se contenta con ser *segundo autor,* mero traductor del original arábigo, mejor hubiese dicho: parodista y ampliador. Supone sencillamente que Cide Hamete es el autor de los primeros capítulos y sigue siéndolo de los que seguirán; Cervantes se finge mero traductor, «segundo autor». Busca en los archivos de la Mancha (noticias sobre Lope de Vega) y en los escritorios (comedias de Lope), y al fin encuentra, o finge encontrar, la continuación de la novela en Toledo. Merece recordarse el episodio.

«Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como yo soy aficionado a leer aunque sea los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía, y vile con caracteres que conocí ser arábigos. Y puesto que aunque los conocía no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que me los leyese». Encuentra un intérprete y al hojear el cartapacio, se sonríe al ver la indirecta contra Dulcinea. Enterado Cervantes de su contenido compra al muchacho todos los cartapacios por medio real, aunque si tuviera discreción «bien se pudiera llevar más de *seis reales* de la compra». Ruega al morisco que le tradujese «todos los cartapacios que *trataban de don Quijote,* sin quitarles ni añadirles nada», y que le daría lo que quisiese. Pro-

mete hacerlo con brevedad, «pero yo, por facilitar más el negocio y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje a mi casa, donde en poco más de dos meses y medio la tradujo toda».

¿Estamos ante una ficción literaria o se trata de un hecho real? Y digo esto, porque es muy posible que Cervantes se encontrase en la Alcaná de Toledo con papeles originales de Lope de Vega. Siempre me llamó mucho la atención este episodio, tan irónico y detallista, y he tratado muchas veces de darle una explicación. Y al fin creo que la encontré en las cartas de Belardo:

Ayer con mis *papeles hice cuenta,*
y hallé, sin otras muchas niñerías,
cuyo perdido tiempo me atormenta,
cien sonetos, diez pares de elegías
como zapatos viejos desechados,
vivos retratos de pasiones mías.
Estos, señor Riselo, están doblados,
que me los ha pedido *un especiero,*
que quiere dar pimienta a mi cuidado.
Ya me parece que un soneto entero
en dos de clavos lleva alguna moza,
que me le canta al son de su pandero.
Déjolo todo, pues, al que lo goza;
vendidos mis papeles y pasiones,
de cuyo bien la risa me retoza. 8

Verdad es que estos papeles «vivos retratos de pasiones mías», se refieren a Filis (Elena Osorio), pero ¿no vendería Lope en Toledo hacia 1602 otros papeles semejantes, vivos retratos también de su pasión por Lucinda? ¿No mandaría a algún muchacho a la Alcaná de Toledo para vender los papeles de sus versos a los comerciantes de esa calle toledana? Todo es muy posible, pues Lope estaba por esos años casi de continuo en Toledo, aunque haciendo frecuentes viajes a Sevilla, y alguna escapada a Madrid. Cervantes aparece en mayo de 1600 en Sevilla, estuvo preso de nuevo en 1602, como dice R. Marín, y luego se pierde su pista. En ese año es probable que fuese a Esquivias para estar con su familia, e hiciese viajes a Toledo y a Madrid, ya casi de-

(8) La carta figura en el Romancero de 1605, y la publicó Entrambasaguas, *Flor nueva del Fénix,* 1942.

sierto por el traslado de la corte a Valladolid 9. El relato del encuentro de los cartapacios es tan detallista que parece una cosa vivida, y se deduce que Cervantes por esos días estuvo en Toledo: «Estando yo un día en el Alcaná de Toledo». En sus viajes por la ciudad vió los cartapacios en casa de un sedero, y como era tan «aficionado a leer» los hojeó; al ver su interés se los compró al muchacho por medio real, y hubiese dado hasta 6 reales por ellos. En mucha estima los tenía Cervantes, pues estaba dispuesto a dar por ellos casi lo mismo que se pagó por un ejemplar de la primera edición de su Quijote, que se vendió a 8,5 rls., según la tasa. Al resto del relato se le puede dar esta explicación: conoció los caracteres arábigos (la letra enrevesada de Lope) y «no lo sabía leer» (descifrar, por confusos), se retiró con algún amigo al «claustro de la Iglesia Mayor» (el morisco intérprete), luego de haber seleccionado los papeles de los cartapacios («todos los que trataban de don Quijote»), y después de haber hecho sus comentarios, se los llevó a su casa, y en dos meses y medio redactó Cervantes su historia («la tradujo toda»).

Hay un detalle en la vida de Lope que nadie ha hecho resaltar, que también me ha llamado siempre la atención, y que pudiera estar relacionado con el episodio de los cartapacios toledanos. Me refiero a la escasez de romances conocidos de Lope, referentes a Lucinda, en contraposición a la floración abundante de los relacionados con Filis. En el Romancero General sólo aparecen dos, que recogió y estudió Entrambasaguas. Es lógico suponer que en los largos años de sus amoríos con Micaela escribiese el poeta muchísimos romances. Los sonetos de esa época los conocemos por haberlos incluído en las *Rimas*, pero ¿qué se hizo de los romances? ¿Vendió los papeles a algún especiero —cuántos documentos se vendieron así, en aquella época en que no había diarios para envolver— para evitar los celos de su segunda mujer y librarse de compromisos con su familia? Es muy extraño que no aparezcan apenas romances dedicados a Lucinda en el Roman-

(9) Lope de Vega estaba en febrero de 1601 en Madrid, en junio en Toledo, de vuelta de Sevilla. En 1602, 10 de enero en Toledo, 25 en Madrid, por abril en Sevilla, 11 y 27 de noviembre en Madrid, donde firma dos comedias, y final de año en Toledo. Gran parte del 1603 lo pasó en Sevilla. En agosto firma en Ocaña *El cordobés valeroso,* pero el 19 de octubre aparece en Sevilla en el bautizo de Félix Lope.

cero de 1600, 1604 y 1605, en la época álgida de los amores de Lope con la famosa cómica. Y precisamente en los años en que más figura el nombre de Lucinda en las comedias del Fénix. La explicación que indico sería la más lógica, y esos cartapacios fueron a parar a manos de Cervantes o de alguno de sus amigos con el que los comentó 10.

Cervantes buscó con interés datos para continuar la historia que traía, en embrión, de Andalucía, —«no se me deben negar a mí las alabanzas, por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia» —aunque si el cielo y la fortuna no me ayudan—, y otra vez insiste Cervantes en la casualidad del hallazgo— el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podrá tener el que con atención la leyere». (cap. 9).

Y llegamos de nuevo a otro punto que ha intrigado mucho a todos los comentadores. Clemencín es el primero en ver la aparente contradicción, y dice: «Parece indicar Cervantes que la historia puede leerse hasta el fin en dos horas, o que el placer de su atenta lectura no puede pasar de dos horas. Lo primero es absurdo; lo segundo sobradamente modesto». Hartzenbusch acude a su método favorito de alterar el texto a su placer, y en sus ediciones leyó: *que buena cantidad de horas,* en la primera, *y que bien seguida ahora.* Y en *Las 1633 notas,* pone varias lecciones para que el lector elija a su gusto: «bien cogido el cabo», «bien casada ahora», «bien cosida», «bien zurcida»... y cualquiera expresión que haga sentido tolerable; porque lo impreso en las ediciones de Cuesta no puede admitirse; no es racional». Rodríguez Marín, siempre con sus medias tintas, opina que «Cervantes al llegar aquí no pensaba escribir, en junto, sino para unas dos horas más de lectura», ed. 1916. En las otras tira por otro camino, y tampoco resuelve nada; cree que *dos,* como *cuatro,* se usa como numeral indefinido, y «bien pudiera estar usado indefinidamente este *dos* en el pasaje que a tantos ha dado que pensar».

Cervantes se refiere a la segunda parte (cap. 9-14), hasta el encuentro con los yangüeses, y esto ya no es absurdo ni irracional, pues esos capítulos leídos «con atención», pueden durar muy bien «casi dos horas». Aquí pensaría terminar Cervantes, en su plan primitivo, y el epi-

(10) Entrambasaguas, o. c. p. 49-52. En el *Romancero,* ed. G. Palencia, n.º 1264 y 1367.

sodio de Marcela sería «el fin desta agradable historia». Pero luego la continuó con nuevos episodios, como años después escribió la segunda parte, aunque al fin del capítulo 52 de la llamada hoy primera parte nos dice que no pudo hallar más noticias de don Quijote a pesar de haberlas buscado «con curiosidad y diligencia» 11.

Cervantes sigue con la ficción del Hamete Benengeli hasta el fin de la primera parte, y luego en la segunda. Y conviene hacer notar que al empezar la *tercera parte* (cap. 15) inicia el capítulo con las palabras: «*Cuenta Cide Hamete Benengeli,* y lo mismo podemos decir de la cuarta (cap. 28), pues al terminar el capítulo 27 ha dicho: En este punto dio fin a la tercera (parte) el sabio *historiador Cide Hamete Benengeli*». Todo esto parece indicar que Cervantes escribió cada una de las *cuatro partes* en distintas épocas, y en cada una de ellas agrupaba unos cuantos episodios, conforme se los iba proporcionando Cide Hamete (Lope de Vega, con sus comedias o su vida), y al empezar cada serie recurría a esa muletilla: «Cuenta Cide Hamete Benengeli», como si con ella tratara de buscar la inspiración.

El capítulo XXII, el de los galeotes, también lo empieza con esa fórmula, y Cervantes se declara un poco más. «Cuenta Cide Hamete Benengeli, *autor arábigo y manchego*». Y de nuevo es el detallista Clemencín el que llama la atención sobre ese punto: «Es la única vez que Cervantes dice que era manchego, en lo cual tuvo evidentemente el designio de zaherir a los de la provincia de la Mancha, donde abundaban los moriscos expelidos del reino de Granada a consecuencia del levantamiento de 1569». Los demás comentadores nada dicen, como si el pasaje fuese muy claro. La explicación es evidente, con lo que llevamos dicho: le llama *arábigo,* porque así estaba en los cartapacios, y *manchego* está dicho en sentido lato —la Mancha era muy indefinida— por «toledano», y se refiere a Lope de Vega que vivía por esa época en Toledo.

Si a esto añadimos lo que nos dice Cervantes (2, 2-18) por boca de Sancho «que el autor de la historia le llama Cide Hamete *Berenjena,* o sea toledano«, y la ironía que encierran las palabras que siguen:

(11) La segunda parte tendría la extensión de una Novela Ejemplar, poco más o menos. En la ed. Aguilar, los cap. 9-14 del *Quijote* abarca n 11 hojas, *El lic. Vidriera, 7* y *Rinconete, 10.*

«Tú debes, Sancho —dijo don Quijote— errarte en el sobrenombre de este Cide, que en arábigo quiere decir *señor*» pues no coincide el título de Cide (señor) con el nombre de Hamete, pues el auténtico Cide Hamete (Lope) no es tal *señor,* ni desciende del Carpio, como sueña, ni el tratamiento de *Cide* se aviene bien con el nombre de Hamete, un morillo del arroyo, propio de moros «vulgares o plebeyos» como dice Correas, hemos de concluir que el «primer autor» es Lope de Vega, toledano por vivir en Toledo por esa época, y que el famoso lugar «de la Mancha, de cuyo nombre» no quería acordarse Cervantes, es Toledo, con toda probabilidad.

El sagaz comentador murciano sospechó que algo raro y misterioso había encerrado en el nombre del historiador arábigo, y siempre que sale Cide Hamete llama la atención. No citaré más que unos pocos casos, pues de los demás ya habrá ocasión de hablar. Al empezar el primer capítulo de la Segunda Parte, nos dice Cervantes: «Cuenta Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta historia y tercera salida de don Quijote...» Y observa Clemencín: «Habiendo referido Cervantes con tanta prolijidad en el capítulo IX de la primera parte el modo con que halló la continuación del libro de Cide Hamete, y expresando al acabarse en el cap. 52 que no había podido adquirir otras noticias, posteriores de D. Quijote, nos debió indicar cómo adquirió el original o traducción de la segunda parte». Cortejón recoge la observación y añade: «El novelista, sin duda, quiso seguir en este punto la sentencia horaciana en que se celebra a Homero por aquel su comenzar trasladando al lector en medio de dos acontecimientos». No pensaba Cervantes en Horacio, sino en Lope de Vega; supone que los cartapacios de la Alcaná no se han terminado aún, y el cronista arábigo le va proporcionando nuevos datos, la fuente sigue siendo Lope de Vega, «el primer autor», cuya producción es tan rica en datos autobiográficos, y al que está satirizando en todo el Quijote, y en la figura de don Quijote, «alias» de Lope de Vega.

Al narrarnos Cervantes «quiénes eran maese Pedro y su mono», empieza el capítulo con estas palabras llenas de ironía: «Entra Cide Hamete, coronista desta gran historia, con estas palabras en este capítulo: *Juro como católico cristiano...*, a lo que *el traductor* dice que...» Y comenta el murciano: «No se echa de ver ni la oportunidad ni el objeto de jurar aquí Cide Hamete». El traductor (Cervantes) no hace

más que parodiar los pensamientos, dichos y hechos de Cide Hamete (Lope) ¿Tenía Lope la costumbre de jurar para aseverar sus afiirmaciones? Los personajes de sus comedias sí juran con frecuencia. En todo ese preámbulo hay una sátira velada contra Lope, y al ponderar ese juramento del «historiador arábigo», quiere hacer resaltar que en lo que nos va a contar de maese Pedro, o sea, Ginesillo Pasamonte, también hay un misterio o «sinónimo voluntario», como veremos en su tiempo.

Con lo dicho no puede caber duda de que «el primer autor» es Lope de Vega (Cide Hamete) que nos va contando su propia vida —en sus obras y con sus hechos— y «el segundo autor, o traductor» (Cervantes) va remedando a Lope, nos va contando la vida del protagonista, don Quijote, que no es otro que el mismo Lope de Vega. Estas dualidades y desdoblamientos de la persona son frecuentes en la novela, y en otro capítulo trataremos de don Quijote, «sinónimo voluntario» de Lope de Vega. Sólo entendido así el Cide Hamete tiene sentido y y sólo así se pueden explicar muchos pasajes del Quijote donde se habla del «autor primero» y «del segundo autor», sin contar otros lugares que no explican los comentadores o creen ver en ellos una contradicción. Hay en el prólogo de la primera parte un texto muy significativo —y no se olvide que el prólogo fue escrito terminada ya la obra— del que a penas dicen nada los comentadores. En el comienzo nos dice Cervantes:

«Acontece tener *un padre un hijo* feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le hace poner una venda en los ojos para que no vea sus faltas, antes las juzga por discreciones y lindezas y las cuenta a sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que, *aunque parezco padre soy padrastro de don Quijote,* no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones o disimules las faltas que en este *mi hijo* vieres». En qué quedamos, ¿es su hijo o no lo es? ¿es padre o padrastro de don Quijote? Cortejón se limita a indicar que Cervantes sigue aquí la costumbre de los autores de libros de caballerías al simular que los traducen del griego o del árabe y «tal opinamos sea la verdadera interpretación —dice— de este pasaje». Sí, pero supuesta la identidad de Cide Hamete con Lope de Vega, el pasaje queda clarísimo: «Aunque *parezco padre* (autor, primer autor), *soy padrastro* (segundo autor, tra-

ductor); el autor es Lope de Vega, pero yo, que no hago más que remedarle, me considero *padrastro:* ya consideremos la acepción de «marido de la madre respecto de los hijos habidos antes» —no soy su padre, aunque lo parezco— o bien la acepción de germanía «el que averigua y delata *(critica o parodia)* las acciones de otro». Luego nos dice «que en *mi hijo vieres*», para indicarnos que él era el verdadero autor, de lo cual nadie ha dudado nunca.

Cide Hamete no es una mera ficción, como en los otros autores de libros caballerescos, sino que designa a un personaje real, y así tienen clara interpretación los pasajes en que Cervantes nos habla de «*los autores* desta tan verdadera historia» (1,1) «*autores* hay que dicen», «el *segundo autor* desta obra» (1,8), «por culpa de *su autor*» (1,9), «*el autor* de la historia se llama Cide Hamete Benengeli» (2,2), «*su primer autor,* Cide Hamete (2, 24), «Cide Hamete, su *autor primero*» (2,40 y 59), «pero aquí *nuestro autor* lo dice por la presteza...» (2,53), etcétera.

Calderón dedica unas hojas a rebatir la objeción que puso Clemencín al final del capítulo VIII, pero su argumentación no convence. «Esta historia —dice— es *El Ingenioso Hidalgo,* cuyo autor es Cervantes, quien se llama autor segundo, porque Cide Hamete *tenía escrita una historia de don Quijote* (?), la cual él se ve obligado a seguir, y con la cual compone su obra, por cuya causa le cede el honor de ser el primero o principal autor de ella: y eso con tanta más razón, cuanto que los autores de que se habla al principio, y que no estaban de acuerdo cuál fue la primera aventura de don Quijote, no consta que fuesen autores de ninguna historia de este personaje; pudieron ser escritores de otra especie, de las cosas de la provincia, que accidentalmente, por tener conexión con sus asuntos, hablasen de aquellos sucesos. El autor que aquí deja pendiente la relación del suceso de Puerto Lápice no aparece más que como autor de la historia de una de las aventuras que por la tierra habían hecho ruido, tal vez *una simple carta, o meros apuntes* de algún curioso. Cervantes lo tomó todo de la obra de Cide Hamete, exceptuando los primeros sucesos, que saca de relaciones que tal vez *no tuvo que traducir,* como el comentador piensa, por haberlos tomado de documentos escritos en lengua castellana» [12]. Cide Hamete

(12) Juan Calderón, *Cervantes vindicado,* p. 38.

(Lope) no tenía escrita una historia de don Quijote, sino que la iba escribiendo poco a poco —con sus escritos y su vida real— y Cervantes «no se ve obligado a seguirla», sino que con toda ironía la va remedando, y no tuvo que *traducir* nada, sino ir tejiendo la historia de su héroe sobre el cañamazo que le proporciona Lope: Cide Hamete traza el esquema, y Cervantes, sobre esa base, va escribiendo la filigrana de su famosa novela. Y para la primera parte no necesitó Cervantes «carta ni meros apuntes de algún curioso», sino parodiar el *Entremés de los romances*, como se ha indicado, y habrá que ampliar en otro capítulo.

Amadís dice a don Quijote, al fin del soneto de los preliminares:

> Tendrás claro renombre de valiente;
> tu patria será en todas la primera;
> tu *sabio autor*, al mundo único y solo.

Clemencín cree que estamos aquí ante «una candorosa alabanza que se da a sí mismo Cervantes», y R. Marín opina que no es eso, sino que «como se supone que la escribe Amadís, parece natural que la extreme, cual se solían extremar en casos semejantes». Eso parece a primera vista, pero aquí *autor* está por «primer autor», Cide Hamete, o sea, Lope de Vega, al que señala —no ya parodia— con la traducción literal de la empresa del Fénix *único y solo, el aut unicus aut peregrinus* de *El Peregrino* (1604).

JOSE LOPEZ NAVIO, Sch. P.